

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, trimestre..... Pesetas 2,50
 Provincias, id..... 3

REVISTA TAURINA.

PRECIOS PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, Plaza del Biombo, núm. 4, Madrid.

A SALVADOR SANCHEZ (*Frascuelo*).LA AFICION AL DIESTRO.
(VOCES DEL INTERIOR.)

El viajero es el hombre, el camino es la vida, las montañas son las miserias que él halla á cada paso en su peregrinacion por el mundo.

LAMMENAIS: *Paroles d'un croyant.* § VII, p. 16.

¡No te olvidamos!

Solo una indiferencia rayana en hipocresía, ó una pasión inspirada en la maldad, pueden haber hecho de tí el torpe juguete de un niño... veleidoso objeto que el infante mimaba y acaricia para despues romperle entre sus propios dedos y lanzarle al rincón de las cosas pasadas.

Tú, Salvador, más bien que el juguete de este niño mimado que se llama público; más bien que hijo de esta impía madrastra que se llama falsa afición; más bien que el Hércules de esta hidra de dos cabezas que se titula *encono é ingratitude*; mucho más que todo esto, fuiste un ídolo que los artífices de la envidia fabricaron imbecilmente con el lodo de sus manos.

Te colocaron sobre el capitel de la columna, pedestal de tus triunfos, y te adoraron... allí los ví una tarde y otra ensordecer tu oído con el huracán de los aplausos; seducir tu amor propio con los halagos del entusiasmo; llenar las listas afectuosas de tu domicilio cuando la desgracia te tenía postrado en el lecho, y luego adularle y engreírte y todos regocijarse en el ensalzamiento de ese ídolo, para que al ser más terrible la caída, fuera más duradera la burlesca jactancia de su obra.

Si tú hubieras sido ídolo de barro, te hubieras destrozado al caer; pero te habías fundido en el indócil hierro de tu constancia y de tu carácter, y permaneciste incólume. Y ¡oh justo castigo para tus adversarios! aquella misma columna, fraguada por el entusiasmo del momento, aún te sirve de pedestal.

Si algunos supieran con qué clase de mordeduras se lima el acero, se destruye el granito y se confunde y abate lo que tiene carácter de indestructible y de duradero, se convertirían en reptiles para picar tu reputación y envenenar los rasgos más salientes de tu vida.

Te admira este público y se arrepiente á ratos de su debilidad; llenaría, como turba engreída por las delicias de un festín, las graderías del Circo cuando tú trabajares, y con el convencimiento del aplauso preferiría mejor tu desgracia, para que toda la inquina de una afición pervertida saliera como espumosa bilis á resonantes silbidos de sus labios. Se te desea y se te tiene miedo. Es la lucha de un espíritu que á la fuerza ha de admirar, y á ratos cae en lo

absurdo para mostrar su independencia. La historia registra estos caracteres, los cuales, para dar muestras de toda la altivez y propio dominio sobre su ánimo, atentan contra su vida.

Algunos aficionados, ¡no lo dudes! son suicidas también.

Sonaste con días de regocijo y gloria; la existencia te pareció prosáica y mezquina sin los alicientes del aplauso y el brillo de un renombre, y esta nota especial de tu carácter te llamó á ser torero. No recuerdo una sola ovación que te haya proporcionado la indulgencia, ni una sola palmada que para tí haya patrocinado la injusticia. Si alguna vez has caído, tu propio esfuerzo te ha levantado; que no está el mérito del vencedor en el escudo que le supo defender, sino en el brazo con que supo herir.

Algunos creen todavía que la limosna de sus palmadas ha contribuido á tu engrandecimiento... ¡mentecatos!... al modo de la nieve que quisiera resistirse á los rayos del sol, así han sentido ellos removida la dureza de sus preocupaciones con los destellos de tu real y verdadero mérito.

Y he dicho *preocupaciones*... no me arrepiento.

En este catálogo ridículo de opiniones absurdas, sienta plaza aquello de *maestría* que te niegan, de *arte* que no te conceden, de *inteligencia profesional* que te la juzgan escasa.

Cuando ya el tiempo no pudo vencerte, ni la desgracia dominarte, fué preciso que en una tarde se confabularan todos los odios, se dieran cita todas las envidias, se dejara estallar la pasión por boca de energúmenos para llegar al colmo de lo repugnante. Y aún suenan en nuestras conciencias aquellos silbidos escandalosos, aquellos dicitos de burdel, las carcajadas del uno y el vilipendio del otro, como si el arte taurómico hubiera perecido á tus manos, ó de improviso hubieras penetrado en el terreno de las medianías.

¿Qué esperaban de tí?

Les tenias tan acostumbrado á lo grande, que lo bueno en tí tomaba carta de mediano.

Ahora recuerdo que se te criticaban los *quites* arriesgados, porque, según ellos, los producía la envidia; tus pases de muleta porque los guiaba la ignorancia; tu vista en el suelo porque la entornaba el rencor; tu mano en la atribulada mejilla porque la dirigía el despecho; tus lecciones á los *chicos* porque las dic-

taba la emulacion... ¡ah!... y hasta los paseos junto á las barreras para cambiar saludos por aplausos, porque á ello te impelían el envanecimiento y la soberbia.

Recuerdo todavía más...

Se contaban tus cogidas por quilates de demérito; cada *caricia* de la fiera era una faceta que desaparecía del brillante.

¡Ignorantes! La ciencia afirma que Montes fué el gran maestro, y la pasión no recuerda que sufrió treinta y seis cogidas.

La leyenda ha inmortalizado á Pepe-Hillo, y la ceguedad del alma no abre los ojos á la luz para verle espirar jadeante en la arena de Madrid.

¡Cosas del público!... Si alguna vez te hubieses visto en igual caso, no te hubieran faltado *críticos* que te llevaran por último contento á la enfermería el capítulo impreso de una Tauromáquia, para enseñarte el precepto en que habia tu *ignorancia* delinquido.

Por fortuna la opinion se rehace, los tiempos cambian, el propio valer es la pertinaz gota que horada la Peña, y la justicia es pólvora en presión que socaba los montes.

Existe en nosotros una voz del interior que clama contra tales desafueros y la hemos llevado á nuestras columnas. Nuestro silencio hubiera parecido una complicidad con la pasión, un olvido hácia la desgracia; pasión esa que estamos muy lejos de poseer y que antes bien fustigaremos con el látigo de nuestra crítica.

¡Salvador!

Contra ese público que injustamente te tiene desterrado de nuestro Circo, el anatema de la culta y verdadera afición; contra esos apasionamientos que te rebajan, la pluma del escritor que salva los pedañitos y contrapesa el nivel... contra los empedernidos y contumaces; la lástima que inspira la desgracia, que ¡gotas serenas hay en el corazón como las hay en los ojos de nuestra cara!

¡Salvador!... Diga tu lengua siempre que este público es el favorito de tu alma, y así serás superior á él. ¿Sabes por qué?... porque habrás empujado en la dulzura y magnanimidad de una frase toda la inquina con que empaparon tus labios.

Ya ves si las columnas de nuestra imparcial publicación pueden gritar á voces:

¡¡¡No te olvidamos!!!



